LA PASTORA MARCELA

NOVELA INEDITA

DIEGO SAN JOSE

—

Una breve huída hago hoy de mis devociones literarias, amigo lector, no dándote, como tengo por costumbre, alguna patraña histórica acaecida en tiempos que ya están muy distanciados de nosotros.

Es el caso que de algunos días a esta parte gusto de entretenerme más en el campo que en las bibliotecas, y como no hallo viejos papeles, sino aires limpios, claridad en el cielo y gentes sin doblez ni aderezos cultos, me he contagiado un poco del ambiente, y oyendo los días pasados una historieta campestre de honda emoción, pensé (para descansar de mis achaques de viejo) trasladártela, creyendo que ha de producirte la misma sensación que a mí me produjo.

No verás, en el transcurso de las páginas que siguen, primores literarios, porque la rusticidad de los personajes no lo consiente ni a mi corto ingenio le van bien estas galas aunque las pidiera el asunto, pero sí encontrarás los hilillos de un drama pasional en que se enredó un espíritu ingenuo, tomando por obra de caridad lo que sin él darse cuenta vió trocarse en pasión carnal.

Muchas veces habrás oído decir que entre gentes rústicas no acaecen los males que suelen en las ciudades, porque en lo áspero de los montes y en la paz de la aldea no anda el diablo tan suelto como por acá abajo, y para demostrarlo, como dice el adagio, que en todas partes cuecen habas y que quien no las busca las halla, te hago traslado de este cuentecillo rústico, el cual espero que no cargues en la balanza de mis culpas.

PRIMERA JORNADA

Animada va la cena y con tanto garbo atendida por parte de los rústicos comensales que falta poco para que llegue a los amenes.

Son los que con tanto garbo como buena gana están reunidos en la choza de Juan Miguel, los pastores del tío Víctor, el rico de Alovera, que no hay otro en toda la Alcarria baja que pueda echarle la zancadilla en lo de apalear onzas y tener bien repletos los trojes.

El hombre, que tiene sus puntas y collares de hidalgo de otros tiempos en lo de conservar costumbres y tradiciones y tratar a la servidumbre más que como a tal, como familia, quiso que su gente pasara la noche lo más regaladamente posible; así les dió licencia para que despanzurraran las dos ovejas más lozanas, ordeñaran a su placer las más lecheras, les subieran pan blanco de Meco, que en toda la región tiene fama, y de aquel vinillo áspero y pegajoso que da fama y prez a las ópimas cepas manchegas, que crecen al amparo de los inmortales molinos de viento en los campos de Criptana y en los llanos de Mudela.

Después del ágape, los que con juicio y gobierno de sus personas quedaran, tenían licencia para bajar a Alovera a oir la «misa del gallo», que prometía ser famosa, pues cantaríanla en el coro las mejores mozas del lugar y acompañaríala en el órgano el señor Fulgencio, que fué organista en la iglesia mayor de Sigüenza. Las mujeres de la pastoriza estaban con esta promesa como chiquillos con zapatos nuevos; a los hombres, si va a decirse la verdad, esto les tenía con poco cuidado; lo principal era comer, y comer bien, y de sobremesa holgarse trayendo a colación sus alegrías y afanes.

El festín fué organizado a escote por aquello de que entre muchos no hay nada caro; es decir, a escote todo lo que saliese a la plaza a la margen de la magnificencia del amo.

Así uno llevó unas aceitunas tan gordas como huevos que mercó en el camino a un arriero que venía de Sevilla: otro puso su contribución con unas lon-

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son pagadas como INEDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

chas de abadejo y tres o cuatro besugos que no había dos fechas siquiera estaban tan contentos de la vida en las famosas almadrabas de Sanlúcar.

Una de las mozas trajo de Alcalá la pasta de almendra para aderezar la riquísima sopa que habría de ser rotundo colofón del copioso ágape; otra zagala de gentil garbo aportó la canela y la vainilla que habría de dorar el delicioso postre.

Una viejecilla, la más pobre de aquella república arcádica, tanto que vivía de la caridad de todos y también pordioseaba por los pueblos vecinos, trajo laurel, romero y cantueso para sazonar el asado.

Y Juan Miguel trajo de Azuqueca los cigarros para todos ellos.

———

No había mesa ni era menester. Lo que hacía falta era comida y ésta sobraba a pesar del buen apetito de todos.

Aparranados en el suelo y en torno de la vianda, lo hacían tan bien como el mejor gastrónomo del mundo.

El botillo daba mil vueltas en torno del círculo pastoril, y el que más y el que menos le retardaba entre las manos y la boca un buen golpe de tiempo.

Marcela hacía, como si dijéramos, los honores de la casa; atendía a todos, y todos, si no era Juan Miguel, la trataban con un poco más de miramiento que a la Alifonsa, la Blasa, la Eduviges y a la Fabiana.

Allá en un rincón de la choza, de todos apartado, comía lo que le daban sin meterse en el grueso de la bulla, un hombrecillo de indefinible edad, pues que lo mismo podría pasar por muchacho que por viejo prematuro. El pelo teníale tan desmadejado y rubio que a espacios era blanco; los ademanes y movimientos eran tardos, y el hablar, lerdo y opaco.

———

Una de las mozas, que no tenía mala voz, lanzó un villancico que fué como brazada de retama que aviva intensamente el fuego de una hoguera:

«Madre, en la puerta hay un niño
»más hermoso que el sol bello
»y dice que tiene frío,
»y el pobrecito está en cueros.»

Todo el concurso a coro, desafinado y ensordecedor, cantó el estribillo:

«Anda, dile que entre;
»se calentará,
»porque en esta tierra
»ya no hay caridad,
»ni nunca la ha habido,
»ni nunca la habrá.

Tornó la sacratísima sangre de Cristo a encender los ánimos dando vuelta a la redonda. La Alifonsa, mujer recia y de buen humor, pidió luego de beber y luego de limpiarse los pringados labios con el reverso de la manga, dijo:

—Venga otra, pero que sea del portal de Belén, y si pué ser, que hable de pastores ya que pastores somos.

Y uno de los rabadanes, que estaba por lo práctico de la vida, dijo mientras predicaba con el ejemplo:

—Lo mejor será que os dejéis de voces y acudáis a las «tajás», que, como dijo el otro, quien habla comiendo, bocao va perdiendo.

Y otro a quien pareció sabio el consejo, dijo que aquél había hablado con la misma sabiduría que un libro de la escuela.

Cuando le advirtieron los otros que no se encariñase tanto con la bota, exclamó:—¡Qué contra! ¡Un día es un día!

—Mejor dirás una noche—le atajó otro que se daba más cuenta del valor de las palabras.

Y aquél replicóle que lo que había querido decir era que no todas las noches son noches buenas; vamos a poner que no todas las noches eran de Navidad, o como dijo el otro (esta era su constante muletilla, viniese o no a pelo, como los famosos refranes de Sancho), que no todas las noches se celebraba en la tierra el nacimiento del Hijo de Dios. ¿Se había explicao?

Y todos estuvieron conformes en que lo había hecho con la misma ciencia que un predicador de fama.

Uno de los zagales, que andaba muy obsequioso con una de las mozas, ofrecióla dos o tres bellotas en la palma de la mano; la niña, por zaherirle, que acaso el galán no era de su agrado, le dijo:

—Eso darás tú.

Y él, que aunque rústico comprendió la ironía, porque en verdad que dicen que no era muy avisado, se dolió mucho del agravio, y dejando a una parte el canastillo de los madrigales que tan mal habíanle tratado cuando él le ofrecia con tan buena voluntad, agarró la honda de las coces y tiró más de dos pares que no las asestara con más garbo una muleta falsa. El rabadán, por poner sosiego, dijo tomando por ocasión las mal recibidas bellotas:

—¡Válame Dios! que siempre que las veo se me acuerda de un amo muy leído que tuve en Villanueva de la Torre, el cual decia que un hidalgo de otros tiempos, al que llamaban «Quijote», que por meterse en todas partes, también hubo de meterse entre pastores, una noche en que parece que éstos convidáronle con tal fruto de encina tomó un puño tamaño, y estándole mirándole un buen espacio, parece que dijo cosas de mucha ciencia, y escritas andan en un libro que dicen que es el de su propia historia, con que aquel mi amo se entretenía mucho y aun a las veces se reía solo.

—Pues también el señor «Fijote» o «Pegote» o como dice que es su nombre —arguyó el zagal zaherido, que no estaba para sofismas—, habría de menester poco argumento para ensartar conversaciones, ya que las señoras bellotas, aun siendo de las mejores y más gordas que se crian en Extremadura, no sé yo que sirvan para más que cebar cochinos y cuando mucho para beber agua, que la hacen de muy buen gusto.

—Y ¿quién pone asnos en portillo?—fué todo lo que se dignó aducir el tío Martos al exabrupto lanzado por el zaherido rapaz.

Y la moza agresiva, viendo cómo esto era darla la razón en cierto modo, agregó con muy buen donaire:

—¿Ve usted, tío, cómo yo tenía razón en decir lo que dije?, sino que siempre se cree que las mujeres parlamos de más, y veces hay que nos quedamos cortas...

Entre toda la grey femenina, Marcela (que dicho sea de paso era la de más garbo) parecía la menos animada. Seguía el curso de la bulla, pero sin tomar en ella parte principal. Acudiendo a la nomenclatura del viejo teatro podemos decir que parecía una «parte de por medio».

—Oye, Marcela—díjola una de las mozas—, que luego has de cantar tú pa que veamos qué gracia te ha dao Dios, que todavia no te hemos oído, mujer.

—Yo no sé—se disculpó la aludida en tono un tanto displicente.

Y otra atajó:

—Anda, dice que no sabe; y más mejor que todas nosotras. Pues qué, ¿no se canta por allá abajo?

Marcela volvió a disculparse y como de fuera viniese la voz de un comensal rezagado que entonaba esta coplilla terrera:

«Sé que me quieres mucho.
»¡Dios te lo pague!
»mas te advierto morena
»que llegas tarde.»

añadió:—¿No queréis coplas? Pues ahi tenéis a Cabrillas, que como le deis cuerda tiene pa de aquí hasta mañana a la misma hora.

———

Y entró Cabrillas con su montera de piel encasquetada hasta los ojos, su manta bien ceñida y su cayada al brazo.

—¡Alabao sea Dios! ¿Queda algo?

—Una buena voluntad—le respondieron.

—Pues con eso no se anda el camino, de móo y manera que si no hay cosa de más alimento, adiós, que me mudo.

—Ven pa acá, hombre, que como el «Moro» está guardando el «ganao» aun podrás darle una «lengüetá» a la sartén.

Se le hizo un lugar en el ruedo y cerrando con la buena porción que aun quedaba, comió con todo apetito.

Pidiéronle razón de por qué se había retrasado tanto, y dijo que porque a prima hora de la noche habia tenido que bajar al pueblo a hacer un mandao del amo. Dió razón de los preparativos que había visto en la mocedad aldeana para asistir a la misa del gallo y fué echar más leña al fuego.

—Lo malo es—rezongó uno—que la noche debe de estar poco amiga de trasnochadores.

Cabrillas protestó:

—Está ese camino, que entre la luz de la luna y el brillar del rocío, parece talmente como si fuera de plata.

—¿Y no te has topao con algún lobo?—preguntó una zagala.

—No es añada de lobos esta—la tranquilizó Cabrillas—; como después de tóo el tiempo no ha sío muy recio, se conoce que no tienen «necesidá»; el lobo no teniendo hambre no es dañino ni pendenciero. Unicamente en la cruz del término me he topao con los civiles; «pa mí» que andan a la olor de algún pájaro de cuenta.

Y tomándose mano a mano con una razonable tajada continuó la cena. Cuando dejó monda de toda piltrafa el zancarrón que descarnara con sus dientes duros y blancos, preguntó:

—¿Era este el chivo que se perniquebró esta mañana? Dios le bendiga, que tiene la mejor carne que he comido en mis días.

Respondió uno de los zagales:

—No contaba con esto el animalejo cuando triscaba esta mañana por el picacho de «El Fraile», pero estuvo su mala estrella en que vió una aliaga junto al mesmo borde del precipicio; fué por ella, pero en aquel instante ladró el «Moro», se asustó el animalejo y allá se fué dando volteretas. Aunque yo le arrimé dos lapos al perro, no se pudo remediar el daño; cuando acudí, la pobre bestia tenía las patas tronzás; fué obra de misericordia hincarle el cuchillo en la garganta.

—Agora—dijo el tío Martos, como rabadán—, que los leñazos que le arreaste al «Moro», hubieran «asentao» mejor sobre tus costillas, que tienes el «ganao» muy «consentío» y le dejas de ir por donde se le antoja.

Puso paz la Marcela viendo que la «disquisición» presentaba mal cariz para el mozuelo, y siguió presidiendo la misma armonía y buen humor que hasta aquel momento.

Dos o tres pastores viejos trajeron a cuento los tiempos de su mocedad y contaron cosas de mucha erudición para el oficio pastoril, tales como el traslado de los ganados a tierras de Extremadura en llegando el tiempo frío.

Ciertamente que era un bello cuadro rebosante de color.

———

En columbrándose los primeros barruntos del invierno, comenzaban los aprestos para guarecerse de los rigores del frío en las cálidas tierras del Mediodía; el término de Cáceres solía ser el lugar preferido.

Era día señalado en las majadas y aldeas que exclusivamente vivían del pastoreo. Mucho tiempo antes preparaban las mujeres los hatos que habían de llevar sus maridos, y no tan aína disponían antes el equipo de novia y avío de la casa cuando a casar tocaron.

La fecha anterior a la partida todo eran bullas y regocijos y cuando ya a la postre era llegado el momento de antecoger los rebaños y poner los perros en orden de marcha, la poca gente que en el pueblo quedaba, que eran las mujeres y los viejos, acompañaban a los que se iban un buen espacio.

Era partida que no dejaba lágrimas de pesadumbre, porque todos pensaban en el beneficio que de la «escusa» pudiera quedarles. «Escusa» quería decir las ovejas o cabras que el ganadero consentía a cada pastor de su propia pertenencia, sin rendir nada por ir apareadas con el grueso del rebaño.

Al retorno la pequeña propiedad del pastor había dado de sí notablemente, pues solía acaecer que si se perniquebraba alguna cría o perdíase alguna oveja, siempre era de las del amo, pocas veces de las del privilegio de la «escusa».

La vuelta era el 25 de Abril, y este día sí que le miraba el pastor trashumante como el más solemne del año, porque tomaba la vuelta al terruño nativo.

Las cañadas se alegraban con el plácido balar de las ovejas, el apacible tañer de las esquilas, las voces de los pastores, los ladridos de los perros y el regocijado relinchar de las caballerías, que parecían otear el establo.

Una nube de polvo y el tintinear de los cencerros anunciaban la llegada de

las «merinas», y de allí a poco surgía el rabadán de los «moruecos» o carneros padres, rodéanle los «mansos» (como si dijérase su estado mayor) que con la golosina del pan que aquél les repartía, no se apartaban un punto de él. Pasaba luego y siempre en completo orden el grueso del rebaño, resguardado por los perros que marchaban a la margen del camino, y por último las caballerías, que cargaban sobre sus lomos los hatos y utensilios de cocinar.

No parecía este éxodo sino aquellos de los tiempos bíblicos en que los varones patriarcales se trasladaban de un punto a otro de la tierra llevando consigo sus familias, su ajuar y sus rebaños.

II

Para trasladarlas en un grueso tomo fueron todas las añoranzas que los pastores viejos hicieron de aquellas costumbres de su mocedad, ya perdidas al tiempo de ahora, y aunque ellos se regodeaban muy bien con traerlas a cuento, forzoso fué dejarlas para dar paso a la alegría de la gente moza.

Solamente uno de los circunstantes no lograba entrar de lleno en el bullicio de los demás: la Marcela. Juan Miguel, su oislo, no pudo por menos de notarlo, tanto, que hubo de preguntarle:

—Pero ¿qué te ocurre, que estás así como acontecía y mustia? ¿No te prueba la bulla?

Y el tío Martos, que por estar más cerca oyó la pregunta de Juan Miguel, dijo:

—Si es así, Marcela, no tienes más que decirlo y ya estamos picando cada oveja a su redil, que aquí «tóos» somos amigos, y como dice Cabrillas que dijo el otro, nadie le quiere dar una pesadumbre al vecino.

—No haga usted caso, tío Martos—respondió la buena moza—. Cosas de este. Pues, ¿por qué tengo yo de estar mustia ni acontecía? ¿Qué motivos me ha dao nadie?

—¿A que yo sé por qué es?—exclamó una muchachuela a quien sin duda por la esbeltez de su figura y la agilidad de sus movimientos, que no hacía más de correr de un lado para otro, llamaban «La Corza».

—Dilo—mandó la misma Marcela.

—Porque se recuerda de otras Navidades que se divirtió más que en esta—respondió la preguntada—. Y continuó: —Vamos a ver: ¿a que no nos dices dónde te cogió la Nochebuena pasada?

La bella cara de Marcela se tiñó primero de un intenso carmín y acabó por empalidecer con reflejos de despecho. Juan Miguel, que no la quitaba ojo, exclamó:

—Dilo, mujer, y no te pongas «encendía» ni «apagá» pa recordarlo. ¿No fué conmigo?

—Contigo fué—respondió la hembra de mal talante—, pero ¿a qué viene ahora el traerlo a cuento, ni qué se le importa a ninguna?

Otra de las mujeres, Alifonsa, evocó que fué en la Nochebuena del Niño cuando vieron aparecer a Juan Miguel en la pastoriza trayendo a la Marcela con él.

Hacía tres años que faltaba de allí; había estado sirviendo al rey.

De recuerdo en recuerdo, vino el rememorar el tiempo que estuvo en el cuartel, las pesadumbres y trabajos que pasara lejos de los suyos, y de aquí, por la fuerza del mucho mosto trasegado, que es gran desatador de lenguas y explanador de expansiones, vino el referir, a modo de historia de sobremesa, cómo y dónde encontró a la Marcela y porqué la llevó consigo a la sierra.

La relación prometía ser sabrosa.

Satisfaría una curiosidad que desde hacía un año era la comezón de toda la república pastoril, y así todos se congregaron en torno de Juan Miguel; sólo la Marcela aderezó su expresivo rostro con mal gesto.

III

Apenas le dijeron a Juan Miguel: «El rey te hace libre, vuelve a tu hato, a los riscos de tus montañas, a la paz de tus ovejas», ni un minuto más quiso estar en el cuartel, donde tantas angustias, tantas pesadumbres y tantas humillaciones había sufrido. Aquella vida no era para un alma tan independiente como la suya.

Se metió en el primer tren que iba para la capital de su provincia, la cual, porque no quede cabo por atar en esta rústica historia, sépase que era la de Guadalajara.

Llegó a este punto y esperando la salida del coche que habría de conducirle a su rincón aldeano, metióse en un cafetucho que halló al paso, de donde salían acordes desafinados de una pianola, y algarabía de gente holgona.

El hombre, un poco aturdido, porque nunca, ni aun durante la etapa militar, pudo desposeerse de la rusticidad de sus principios, buscó el rincón más apartado del establecimiento y se dispuso a esperar.

Una camarera, grande, de carnes flácidas, como maceradas por muchas manos y no nada blandas, sino hechas a empuñar varas y refrenar caballerías, muy bien rebozado el rostro en harina y colorete, se le acercó y luego de decirle: «qué va a ser» y de servirle el modesto refrigerio intentó entablar conversación con él, pero no pudo sacar más palabras que si hubiera intentado entablar coloquio con el Papamoscas de Burgos.

Aburrida y un tanto querellada por el desprecio hecho a su crasa belleza, hubo de dejarle.

De pronto se abrió una puertecilla que había junto al mostrador y aparecieron en la tienda unas mujeres y unos hombres.

Una de las madamas, de mejor cara y más gentileza que las otras, maldecía, lloraba y aferrábase desesperadamente a un hombre que pugnaba por desasirse de ella a puros denuestos y empellones.

—Vete de mi lado, patosa, mala sombra—decíala—; si no vales «pa» correr una juerga, ni tan siquiera «pa» que te gasten una broma, métete en las Ursulinas.—Y logrando desprenderse de ella la arrojó violentamente al suelo

En Juan Miguel, aunque nada se le importaba de aquella desdichada, revolviósele la hombría de bien, y se interpuso entre la víctima y su verdugo. Su mano recia detuvo aquella otra violenta que iba a descargar sobre el pálido y lloroso rostro de la hembra indefensa.

—A una mujer no se la pega; eso no es de hombres, y más si no tiene quien la defienda—, dijo el pastor.

—Y a usted ¿quién le ha dao vela en este entierro? ¿Es usted por un casual su administrador?—replicó con sorna chulesca uno de los corifeos del «valiente», el cual aprovechó la «interpelación» para desasirse bruscamente de la mano que le sujetaba, y dando un paso atrás hizo ademán de sacar un arma, pero los ojos de Juan Miguel le ganaron la acción y de un salto de tigre se abalanzó a él; le agarró como se agarra un pelele y alzándole en el alto le estampó contra la pared frontera, haciendo añicos todo un muestrario de licores falsificados.

Nadie salió a la defensa de aquel guiñapo que quedó en el suelo retorciéndose de dolor, pero sin atreverse a gritar.

Juan Miguel se llegó a la maltratada y confusa hembra y tomándola en brazos la sacó a la calle.

Nadie les siguió; los cobardes no quitan de sacar al aire sus cobardías.

. . . .

¿Fué agradecimiento? ¿Fué sugestión por parte de la mujer? ¿Fué piedad? ¿Fué atracción por parte del hombre? No se sabe; lo cierto es que se fueron juntos y aquella noche perdió Juan Miguel el coche que habíra de llevarle a su aldea.

. . . .

A la mañana siguiente le dijo el hombre a la mujer:

—Si tan mal te va en la tierra, yo tengo una choza más junto al cielo, donde no se ven estas miserias, ¿quieres venir a ella?

Y la mujer respondió al hombre, quizás todavía por agradecimiento o por sugestión:

—Yo voy donde tú quieras llevarme.

. . . .

Y por esto le vieron entrar en la pastoriza con la Marcela agarrada de la mano, la Noche-buena del Niño...

———

Y, entonces,—dijo muy sorprendida la Alifonsa—, ¿no estáis casados como manda Dios?

Y respondió con mucho brío Juan Miguel:

—Como manda Dios, sí; porque nuestros cuerpos están «fundíos» en un alma sola, que, a la verdad, no sabré decir si es la mía o la de ella; como mandan los hombres, no; porque los hombres fueron quienes la echaron de la tierra y la pusieron en mi corazón. ¿Qué tienen ellos que ver? ¿Verdad, Marcela?

—Así es, Juan Miguel—respondió ella—; pero pienso que con lo que has dicho me acabas de hacer un mal muy grande.

—¿Por qué?—preguntó él asombrado.

Y replicó la Marcela:

—Porque esta gente ya no me sabrá tener en la buena opinión que hasta aquí me ha tenido. Olvidará lo que soy para hacer reflexiones sobre lo que fuí.

—Tranquilízate, mujer—replicó bonachonamente el tío Martos—; aquí no alcanzan las sutilezas que se usan por allá abajo pa urgar y entender en las conciencias. Aquí serás mientras tú quieras serlo una de tantas. Tú eres quien tiene que amoldarse pa llegar a nuestra sencillez, quien tiene que arrancar de cuajo las raíces de tu pasao, y si lo consigues ya verás qué guapamente te va entre balidos de ovejas, sonar de esquilas y ladrar de mastines.

IV

El silencio de la noche trajo hasta la animada tertulia el eco de una sonora campanada.

—Ya ha dao la media de las once—dijo el tío Martos alzándose del cenacho que tenía por asiento.—De aquí al pueblo, teniendo en cuenta que tóo el camino es cuesta abajo, hay su media hora bien cumplida; de manera, que andando si es que queremos llegar a tiempo.

No fué menester más para que toda la concurrencia se pusiera en plan de marcha.

Solamente Juan Miguel y la Marcela se disculparon de no ser de la partida. Estaban cansados y además él tenía que madrugar más de lo acostumbrado para bajar al pueblo.

Despidiéronse alborozadamente como habían dejado transcurrir la cena y la sobremesa, y a poco oíase en la campiña, iluminada por la luna clarísima, la algazara de las coplas y los gritos de entusiasmo que las mozas ponían como estribillos. Apenas quedaron solos la Marcela y Juan Miguel, aquélla quiso poner un poco en orden la casa y se lamentó de que tal se la hubieran dejado las gentes de la pastoriza.

—Dios y qué ganas tengo de perderles de vista—dijo.

—¿Tan mal te va entre ellos?—preguntó él que nunca hasta entonces había oído de labios de la hembra tan dura lamentación.

—¿Qué quieres, Juan Miguel?—replicó Marcela—. Por más que lo procuro no me acierto. Aunque pongo en ello mis cinco sentidos y nadie ha podido notarme nada, no acabo de hacerme a esta soledad. Esto está muy alto, muy lejos de todos; si una noche ocurre una desventura no se puede acudir a nadie, primero que bajas al pueblo a buscar un médico ya se ha muerto uno y le han enterrao también. ¿Por qué no le pides al amo una ocupación en la ciudad? Con los empeños que tiene bien a poca costa podría dártelo.

—Te estoy oyendo—respondió el pastor—y me paece mentira; nunca me has hablao de este modo. ¿No me decías que estabas aquí tan ricamente, que esto te parecía otra vida?

—Sí, Miguel; pero con lo que has dicho esta noche de mi pasado me has hecho mucho daño, aunque tú no lo creas. ¿Qué le importa a nadie quien yo haya sido? ¿No les basta con lo que soy? Pues ¿qué más tienen que saber?

Juan Miguel, pensando que sólo era este escrúpulo el que traíala taciturna, miró a consolarla, y teniendo en cuenta que para barrer las pequeñas nubes conyugales no hay como el calor de las sábanas, casi en volandas la llevó a la alcoba. Comenzaban a desnudarse cuando en la puerta de la choza sonaron dos recios golpes.

—¿Quién podrá ser a estas horas?—exclamó Miguel.

—Cualquiera de esos que se habrá olvidao de alguna cosa—opinó la Marcela.

Los golpes menudearon más aína.

Juan Miguel, advirtiendo que el que fuese parecía traer prisa, no se paró a más conjeturas y salió a abrir.

Sin tomar razón del huésped desatrancó la puertecilla y apenas lo hizo entróse bruscamente el que llamaba.

Era un hombre todo embozado en un capote de campo y con la montera de piel echada hasta los ojos; colgada del hombro derecho traía una escopeta y por entre los pliegues del capote le asomaban un cuchillo de monte y una canana bien provista.

Juan Miguel, al ver la brusquedad y decisión con que el recién llegado se le venía encima, cerróle reciamente el paso.

—¡Alto, amigo; pues vaya unos modos!

El otro no intentó hacer resistencia y al ponerle el pastor la mano sobre el hombro para impedirle avanzar puso gesto de dolor.

—Por favor, buen hombre, que me persiguen de cerca; al intentar saltar una barranca me caí y me parece que me he roto este brazo. Me van a la zaga los civiles y si no hallo una buena alma que me ampare a lo menos por esta noche no tardarán mucho en dar conmigo.

Juan Miguel humanizóse con esta declaración y dejando libre el paso al desconocido apresuróse lo primero a cerrar la puerta. Sentóle luego en una de las zaleas que había esparcidas por la estancia y desembarazándole de la ropa dispúsose a lavarle la herida con vino, aceite y romero mascado. Al parecer no tenía más que una extensa desolladura.

No creyó menester llamar a Marcela; él con su práctica rústica bastábase para hacer la cura. Después le acomodó en la única pieza disponible, que era donde dormía aquel malventurado, lijado por la mano de Dios, que durante el ágape estaba fuera del grueso de la reunión.

Aunque nada cómoda era la estancia, el huésped la tuvo por tan buena como la misma cámara de un arzobispo y así de puro agradecido besó la diestra de su amparador.

Cuando éste llegó donde ya ensabanada le esperaba la hermosa Marcela y le pidió razón del recién llegado, respondióle noblemente la verdad. Ella temió que este amparo contra la ley pudiera darles que sentir; pero Juan Miguel la tranquilizó.

—¿Qué hacer si los demás le acosan?

No le iba a dejar en el campo para que llegasen los civiles y después de molerle a golpes le zambulleran en presidio para unos cuantos años. ¿No has oído decir al señor cura: «Bienaventuraos» los que están perseguidos por la justicia?

SEGUNDA JORNADA

I

Una semana había pasado desde aquella Nochebuena.

En la pastoriza había un huésped, y era aquel mismo que tan a deshora llegó cuando la Marcela y Juan Miguel iban a dulcificar en la cama el mal sabor de boca que dejaran aquellas palabras que ella dejó escapar. El porrazo del hombro no le permitía aventurarse en su menester tan pronto como él quisiera, y sabido el caso por los demás pastores, todos se ofrecieron a ampararle hasta tanto que se pudiera valer.

La gente del campo, que es más amiga de los apodos que de los nombres propios, atendiendo al rubio encendido de su pelo le llamaba «El Jaro», y por tal atendía él, como si en verdad no hubiérase llamado de otra manera.

El hombre, o porque fuese huraño o porque hubiese temor de ser descubierto por quienes le perseguían, no se apartaba mucho espacio de la choza de Juan Miguel. Cuando hablaba de las ansias de hallarse completamente restablecido, por evitarles la molestia de la caridad, el noble protector le decía que mirase

a su salud primero que nada y no pensase en otra cosa alguna. Ya cuando él conociese que estaba en condiciones para valerse con la agilidad que antes tuviera se lo advertiría, y buscaríale una salida de las majadas por donde no hubiera riesgo de toparse con la Guardia Civil.

Uno había entre todos que le miraba peor que otros y no lo disimulaba, Cabrillas se lo contó al tío Martos, que por ser el rabadán más viejo estaba considerado como la suprema autoridad de la pastoriza.

Aquel individuo era un mal hombre. Recelaba que tenía la condición de la culebra, que mata al incauto que creyéndola aterida le da cobijo en el pecho.

«El Jaro», todos los anocheceres, poco antes de subir los rebaños al redil, se le veía allá por los olivos con una mujer; esta mujer tenía que ser, por fuerza, de la pastoriza; por allí no había otras. A él no le tocaba averiguar puesto que no tenía mujer ni hermanas por quienes sufrir quebraderos de cabeza. Aquel intruso no tenía derecho a pagar el bien que le hacían con una traición.

El tío Martos quedóse meditabundo y cabizbajo con las sospechas que así, de pronto, le disparó Cabrillas.

—Eso hay que mirarlo despacio, sin alborotar a nadie—dijo el viejo cachazudamente—. Déjame a mí y de esto no digas nada a nadie.

—Yo he pensao, ¿sabe usted? -continuó el noticioso mozo--si será la Marcela.

Al rabadán dióle un vuelco el corazón, como vulgarmente se dice, pero disimuló.

—Quita de ahí; ella no es mujer de esa condición.

—Pero ya sabe usted que lo ha «sío»—atajó Cabrillas.

—¿Y qué necesidad tenían de salir de la choza de Juan Miguel, si la tienen por suya tóo el tiempo que él anda con el «ganao»? ¿Pa qué le iban a dar un cuarto al pregonero?

—Como dijo el otro, tío Martos, «del disimulo vive el astuto.» En fin, usted ya sabe lo que hay.

—Y yo averiguaré más que tú, pero ya sabes, de esto ni una palabra a nadie.

—Descuide usted.

Fuése el mozo, y quedó el viejo muy caviloso. Sacó una petaca mugrienta, lió con mucha cachaza un cigarro, echó yescas y comenzó a dar vueltas a sus cavilaciones, repitiendo muchas veces como una muletilla:

—Malo, malo, malo.

Y cuando al cabo de un buen espacio se levantó de la yacija en que estaba sentado, rezongaba:

—Si es verdad que la cabra tira al monte, tampoco es mentira que la nieve de estos picachos, cuando la derrite el calor, tira hacia el llano... Malo, malo, malo.

II

Fué al otro día mismo de la inesperada aparición de «El Jaro» en la choza de Juan Miguel.

Ya había partido éste con el ganado. La Marcela, como de costumbre, quedóse trajinando en el poco arreglo que necesitaba la casa, y después que hubo cumplido este menester fuése a lavar un poco de ropa en el arroyo. La trasnochada de la misa del gallo no consintió que ninguna otra vecina bajara a romper los duros cristales del agua, así es que como no hubo con quién entretenerse en comentarios cumplió presto con su cometido y en seguida se volvió a su lar, donde la esperaba un buen fuego y un gran tazón de leche recién ordeñada que le volvería el calor a los juveniles cauces de su vida.

Cuando empujó la puerta encontróse al huésped sentado junto al hogar, donde se consumía un razonable esportón de paja.

La sorpresa de Marcela no tuvo límites cuando oyó que el desconocido la llamaba por su nombre y la tuteaba...

Eran antiguos camaradas; anduvieron juntos el camino de la vida había cuatro a cinco años. El estaba un poco cambiado, más por las circunstancias que por el tiempo. ¿No le recordaba? Era Pepillo, el «mastín» de confianza de aquel don José María Beltrán, gran maestre de tahures que en las épocas de feria tenía contratado el juego en los principales pueblos de entrambas Castillas.

¡Por Dios, que el cambio era fantástico, como pasaje de comedia! Desde la «gachí» vistosa y flamenca de un tío que apaleaba las onzas y trataba los duros a puntapiés, nada menos que a rústica pastora. ¿Cómo había sido el cambio?

Marcela no supo qué contestar.

Habíale cogido la visita tan inesperadamente que teníale parado el pensamiento y quieta la lengua.

Se fué haciendo la luz en su cerebro y rápidamente cruzó por él la historia de aquellos dias no muy lejanos.

Uno de los muchos «amos» que había tenido en su vivir placentero, fué aquel José María Beltrán de que «El Jaro» le hablaba. No fué menester que Amor se lo ordenara, bastó con que el tahur se lo propusiera, y como era hombre para mantener un capricho, ella no tuvo inconveniente en aceptar.

«El Jaro» era el hombre de confianza del viejo explotador, el que como aquel que dice le guardaba las espaldas y estaba pronto a hacer frente a todo desmán que surgiera en el garito, y el que en caso de mal pleito con la justicia sabía dar con sus huesos en la cárcel, sin que en ella viniera a echar de menos otra cosa que la libertad.

Muchas veces el honorable sujeto había andado tras de los encantos de Marcela, pero la tal era mujer práctica y no estaba por perder la proporción de un «Mecenas».

Ni dádivas hurtadas a traición del tapete verde habían logrado, en distintas ocasiones, quebrantar la fidelidad calculista de la hermosa hembra.

Un día el «mastín» defendió a su amo con más saña que nunca; dió un mal golpe a un tahur de campanillas y para salvar la pelleja tuvo que escaparse a Orán. Cuando al través de dos indultos salió a la calle, dejando cumplida la mitad de la pena, el amo había muerto y la pájara había volado, quién sabía con qué rumbo.

—Quién me había de decir—habló «El Jaro»—cuando anoche andaba yo por estos andurriales, con los civiles a lós talones, buscando un agujero en donde meterme, que me había de encontrar contigo; es que me lo dice antes quien hubiera acabado de verte y ni puesto en cruz se lo creo. Con las ganas que yo tenía de ti allá abajo, donde nunca te pude alcanzar. De modo que ¿eres cosa de ese... de mi salvador? Me alegro; al fin aquí arriba no hay que guardar etiquetas.

—Te advierto, Pepe, que yo para ti seré la misma siempre, que tan fuera estoy de tu alcance ahora como lo estuve entonces—protestó la Marcela.

Y «El Jaro», como si no hubiese llegado la protesta a sus oídos, continuó:

—Allá me ataba nuestro amo común, el que te tenía como recreo y regalo de su persona y el que me echaba de comer igual que a un perro que le guarda la hacienda. Las ansias que tengo yo pasadas por ti... Una noche en Murcia se me fué la mano en defenderle, hice un mal «viaje», y tuve que najarme a Orán; cuando pude volver, va para dos años, él había muerto y tú habías volao hacia otro nido. En muchos te suponía yo; pero no tan alto, niña, no tan alto, que bien poco te falta para llegar a las nubes. ¿Y es posible que tú tan acostumbrada a otra vida tan distinta puedas haberte hecho a ésta?

—Cuando no hay más remedio, a todo se hace una—respondió la Marcela con un tono de resignación mal soportada—. Además, que cuando por allá abajo ha sufrido una tantos batacazos, no sientan mal los aires y las costumbres de estas alturas.

—Ahora—continuó «El Jaro»—tengo una satisfacción, doblemente egoista, en haber topado contigo, porque así me servirás de hermana de la caridad mientras se me gobierna este brazo. Mira tú, no es mal curandero tu hombre; anoche me puso un reparo de vino, aceite batido y romero mascado y apenas si hoy siento la rozadura.

—Es muy bueno Juan Miguel—apoyó con cierto orgullo de hembra halagada—; es lo mejor de tóda esta gente.

Y puesta a hacer elogios de su compañero, contó cómo y cuándo logró su redención en aquel cafetucho de Guadalajara.

«El Jaro» ni se conmovió ni siquiera lo tomó en serio.

—Chica, ¿qué me cuentas? Si eso parece la primera parte de una obra que le dicen «Juan José», cuando éste se encuentra en una taberna a Rosa con unos señoritos, y éstos la maltratan y aquél saca la cara por ella y se la lleva a su casa. ¿No conoces tú esa obra?

Iba a protestar Marcela, porque la comparación le sonó a burla, pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció en ella Juan Miguel.

Alegróse de ver de palique al huído y a la moza. Entendió que era caridad de ésta para hacerle llevar un poco agradablemente las horas de dolor y de murria y con toda lealtad hizo él mismo por contribuir al entretenimiento.

Recomendóle de nuevo que hasta que del todo no se encontrase bien para poder valerse en su peligroso oficio, no pensase en salir de la choza. Había logrado enterarse de que los civiles le buscaban con ahinco, pero no tenían la más ligera sospecha de que hubiese hallado amparo en la majada.

En poco más espacio de charla, durante el cual «El Jaro» fingió franquearse con su amparador acerca de la azarosa vida que llevaba, hízose tiempo de tomar las once, que por aquellas alturas se hacía con un buen cuenco de leche y un buen trozo de tasajo, y todos tres lo hicieron en buena compaña, como familia bien avenida.

III

Cuando Juan Miguel tornaba del valle con la punta de su rebaño, ya apenas había luz en el cielo; el sol se había ido a alumbrar a la otra banda, según la mecánica celeste, que tenían por cosa cierta y averiguada los sabios de la pastoriza. Primero que metía el ganado en el redil y lo dejaba listo hasta el amanecer, había cerrado por entero, de suerte, que a la choza y al querer de su cordera, que de esta suerte llamaba a la Marcela en su lenguaje amatorio de entre mantas, llegaba cuando el cielo estaba cuajado de estrellas y la tierra manchada de sombras.

La herida de «El Jaro» seguía su curso por buen camino, pero aun llevaba el brazo vendado; Marcela, alentada por la buena índole del pastor, era quien atendia al estropeado y lavaba, como aquél lavó la primera noche, con vino y aceite batido y romero mascado, la huella dolorosa que hicieron los guijarros de la sierra.

Lo que vió Cabrillas y avisó al tío Martos, era cierto; éste lo comprobó por sí mismo; «El Jaro» veíase todos los anocheceres en los olivos con una mujer y esta mujer no era otra que la Marcela.

El atardecer que el viejo rabadán pudo atisbarles, reconoció a ella antes por la voz que por la persona.

Estaban sentados al pie de un claro arroyuelo, en cuyo espejo venía a reflejar su pálida faz la luna temprana.

—Cuando me recogió este hombre, al que debo estar agradecida—decía ella—yo me pensé que castigada por las miserias de allá abajo, esto sería para mí como un sanatorio, donde se me confortaria el alma y me aliviaría de las pesadumbres en que todos me hicisteis caer. Yo no quería a Juan Miguel, no podía quererle porque jamás le había visto hasta aquella noche. Fué un arranque de hombre valiente lo que me llegó hasta él. Me dejé llevar y he sido dócil por agradecimiento, pero me equivoqué; esto está muy alto, y la vida de aquí es sólo para estas gentes, pero no para los que hemos vivido en las ciudades. Puede que yo no hubiese tenido alientos para moverme de estos riscos; no hubiera sabido salir de aquí, pero tu presencia ha despertado en mí todos los recuerdos, toda mi vida de antes, y ya me parece que estas montañas se juntan para aplastarme y que el cielo se me cae encima.

—Dices verdad, chiquilla, esto está muy alto—asentía «El Jaro»—. Tienes que salir de aquí. Yo te sacaré con más ansias de cariño, con más sed de tus besos que te trajeron acá arriba.

—No, yo no quiero eso—protestaba la mala hembra—. Yo creo que no podría quererte; sé muchas cosas de tu mala vida y sería volver a las penas y a los sustos. Quiero, sí, que me lleves contigo y en llegando a Madrid que me dejes

sola. Tú eres pájaro de muchos nidos y yo quiero ser golondrina de un solo alero, pero no tan cerca de las nubes.

«El Jaro» hacía protestas de que siempre, desde la primera vez que la vió en una «kermesse» de Madrid, estuvo loco por ella, que muchas veces estuvo a punto de jugarse el todo por el todo y arrancarla de la dorada jaula en que vivía, pero era tan cierto su amor que ni esta pesadumbre quiso darla. En cuanto a lo de su mala vida, si él se había dado a otras mujeres y al vino, era sólo para olvidarla; al juego, para ver si lograba una fortuna que tirar a sus pies.

Ahora ya era otra cosa; la casualidad habíales puesto otra vez frente a frente y no era cosa de desaprovecharla. Ella no desperdiciaba una proporción ventajosa como entonces; estaban iguales.

—Mira, ya puedo valerme bien—continuaba «El Jaro»—; de aquí a dos fechas, que ya tendré el brazo tan fuerte como antes del golpe, a esta misma hora nos reunimos aquí, y amparados por esta luna nueva, que alumbra como la luz del día, por una vereda que yo conozco muy bien, bajamos al pueblo. Allí tomamos el coche de Guadalajara que sale al amanecer y de allí a Madrid...

El tío Martos no quiso oir más y lleno de indignación retrocedió a la pastoriza con ánimo de prevenir a Miguel.

IV

«El Jaro», que por los capítulos de su mala vida parecia hombre avisado, cometió una torpeza; quiso pasarse de listo.

Pensó, como dicen, que podría encender una vela a San Miguel y otra al diablo. De esta manera quedaba bien con su favorecedor, y si se alzaba con la moza, nada podría echarle en cara, sino que aun tendría que quedarle agradecido.

Contándole a Miguel el pasado de Marcela, si éste era hombre de pundonor no la consentiría un solo instante más a su lado. El entonces se aprovechaba de la ocasión y no tenía necesidad de hacerle una canallada a quien de tan generosa manera le había abierto las puertas de su choza, y como pensó se dispuso a ponerlo por obra tan pronto como se viese a solas con Juan Miguel.

Pero acaeció por su mala ventura del rufián, que se adelantó el tío Martos a contar al confiado pastor lo que había oido en el arroyuelo de los olivos, y aunque al hombre se le hacía fuerza dar crédito a las palabras del viejo, porque nunca tal podía pensarse de la desvalida que redimió con su cariño, por la primera vez en su vida se enroscó en su corazón virgen la víbora de los celos, de modo que cuando en la mañana siguiente se le acercó «El Jaro» con su solapada pretensión, ya el hombre estaba al tanto de lo que le convenía hacer; el tío Martos habíale recomendado disimulo y mala intención para cogerles en el hurto, pero le costó mucho trabajo no despedazar entre sus manos a aquel amigo traidor.

Con apariencia de mucha calma estuvo oyendo lo que en verdad sabía ya de la vida y milagros de la Marcela, porque ella, a fuer de franca y agradecida y para que supiese a quién miraba por mujer, se lo había contado ya.

—Por el favor que me hiciste—hablaba hipócritamente «El Jaro»—quiero yo hacerte este otro, que es tanto y aun más que el que tú me hiciste, porque al fin y al cabo una mujer, y más si no está de recibir, pesa tanto como una cadena.

—De modo—preguntaba ansiosamente Juan Miguel—, ¿que tú la conoces bien?

—Digo...

—Y ¿ella a ti?

—Lo mismo—afianzaba el bellaco, pensando que su propósito marchaba tal y conforme se había pensado—. Un hombre de bien y de vergüenza como tú, no debe recoger lo que otros han tirado antes.

—¿Y qué piensas tú que debo hacer?—continuaba Juan Miguel.

—Lo que haría yo—aconsejaba el otro—, lo que haría cualquiera que no quisiera estar en entredicho; que tome lo suyo y se vaya bendita de Dios.

—Bien está—arguyó el engañado—; pero dime acá, ¿por qué me cuentas tóo eso? ¿Qué corretaje llevas tú en este negocio?

No se esperaba «El Jaro» esta salida.

Juan Miguel tuvo que explicar su pregunta.

—Sí, hombre, ¿qué te va a ti en la desgracia o en la felicidad de esa mujer? ¿No sabes tú que yo sé su vida día por día, que yo la recogí cuando unos canallas como tú la hicieron la merced de abondonarla?

—Mide las palabras que dices, Juan Miguel—exclamó el chulo jubilado.

—Tú eres quien ahora mismo vas a picar de aquí, mal hombre, si no quieres que te eche una soga al cuello y como a un lobo ladrón te arrastre por toda la sierra y te arrumbe luego en el fondo de un barranco. Largo, que se me acaba la paciencia y me veo a dos dedos de cumplir lo que digo.

—Te vales de que estoy sin armas—protestó «El Jaro».

—¿Las tengo yo acaso?—gritó Juan Miguel—, pero no te pienses que por un puntillo de honra te las dé. A los lobos se les hace huir o se les mata antes de que muerdan.

—Algún día nos volveremos a encontrar—dijo «El Jaro», apartándose de su rival—y entonces veremos quién tiene la ventaja.

—Y como esta es luz del cielo—amenazó el pastor— que ese día te parto el corazón.

—Hasta entonces, pues—dijo «El Jaro»—, y sin esperarse a más razones desapareció entre unos matorrales.

Juan Miguel le vió huir sin hacer ademán de cortarle la retirada.

Por las razones que el tío Martos le dijera, sabía que si era verdadero su empeño no tardaría muchas horas en hallarle cara a cara, y entonces sí que no se le escaparía.

TERCERA JORNADA

I

Desde que la rústica república supo de labios de Juan Miguel la breve historia de sus amores con la Marcela, el elemento femenino se retrajo mucho del trato íntimo que antes gustaba tener con la improvisada pastora.

Saludábanla si hallábanla al paso, pero no pegaban la hebra entreteniéndose en interminable charla, con grave riesgo de la olla.

Los primeros días que sucedieron a la indiscreción del mozo, sí menudearon las visitas casi más de lo que habían por costumbre con el fin de averiguar algo más de labios de la misma interesada, pero en cuanto ésta, en lugar del corazón les enseñó los dientes y envió a cada comadre con viento fresco, no volvieron a aparecer por la choza con el pretexto de la matita de perejil para cocer la sopa, ni la cabeza de laurel para aderezar un gazpacho, ni la flor de cantueso para aliviarse un romadizo.

Antes bien, al pasar junto a la casa hacían la señal de la cruz como si fuese la mansión del pecado mortal.

Razón tuvo la moza andariega en reprocharle a su oíslo que le había hecho un grande mal con decir lo que dijo, porque ya aquellas gentes, pensando en lo que fué, no se recordarían de lo que era.

Cuando acercábase a un grupo de mujeres, todas, con distintas excusas, la iban dejando sola, y un domingo que bajó a oir misa en el pueblo, todas las que asistieron de la pastoriza se apartaron de ella ni más ni menos que si estuviera apestada.

Sin duda alguna que estos desvíos fueron razones que le acercaron al «Jaro.»

Con enemigos no se puede vivir bien en ninguna parte y menos donde las gentes son tan pocas y están tan unidas que parece que se adivinan los pensamientos.

Hasta las coplas de Cabrillas se habían enconado en ella; una tarde que la encontró camino de la fuente, la cantó:

«Golondrina que ha venido
»Dios sabe desde qué tierras,
»no ha de hacer muchos veranos
»en los picos de esta sierra.

»Retorne su vuelta
»a donde nació,
»que en estas alturas
»nadie la llamó.»

———

No nada apacible fué la noche de espera para «El Jaro».

A un mismo tiempo tuvo que ponerse a cubierto del agua y la ventisca, fuera del alcance de los perros del ganado y lejos de las huellas de la Guardia Civil, aunque a decir verdad, no siendo en caso de una extrema necesidad, ésta no solía hacer sus pesquisas tan alto y a tales horas. Un cazador furtivo, después de todo, no era un hombre tan dañino que mereciese ser perseguido como un criminal de negra historia.

«El Jaro» sabía bien los escondites de la sierra; en un poco de llano, resguardado por dos enormes peñascos, había un olmo corpulento, en cuyo hueco era fama que tuvo años antes su vivienda un anacoreta.

Un día desapareció, no se sabe si por conveniencia propia o porque buscándose el sustento de hierbas o el regalo del agua cristalina, se despeñara por alguna de aquellas simas inmensas, o porque le llevara el diablo en pago de sus culpas pasadas.

Las conciencias más sencillas y más viejas, daban por único y cierto este espantable final, y aun había quien recordaba haber visto, en una noche de luna clara, así como una llamarada roja y advertido luego un acre tufillo de azufre y pez hirviente.

Lo cierto es, que desde que se dió por advertida la desaparición del penitente, ningún pastor llevó por aquel lugar sus cabras, y aunque no era mal camino para ir a unos prados de abundantes pastos, todos preferían dar un largo rodeo.

Y si estos cuidados y aprensiones eran a pleno día y con toda la fuerza del sol, no digamos en cerrando la noche.

De suerte que «El Jaro» pudo irse allá bien descuidado de que alma viviente le inquietara.

Delante de la rústica vivienda amontonó un buen brazado de jaras y retamas, tanto por defenderse del crudísimo rigor de la noche como por tener a raya a los lobos, que se cuidan poco de leyendas y supersticiones y así no tienen empacho en acudir a donde olfatean regalo para sus dientes.

Como Juan Miguel no consintió en volverle la escopeta, no podía fiar en esta defensa suprema y así tuvo que estar toda la noche sobre aviso, por si algún lobo más descreído que todos los demás hacía poco respeto de las llamas.

Por entretener las largas horas de la noche, empleó el pensamiento con las gratas añoranzas de Marcela, cuando estando casi juntos en tan distinto «servicio» de aquel príncipe de la tahurfería, no la podía lograr y ardíale la carne en deseos al verla tan pagada de su bizarría.

Veíala en una noche verbenera de Junio en uno de los barrios más típicos de Madrid, paseando su belleza envuelta en un riquísimo pañolón de Manila, despertando la envidia de las mozas más juncales de Lavapiés, y el entusiasmo macho de los jaques más bien plantados del barrio.

El no la quitaba ojo; iba en el mismo coche, como genízaro del afortunado viejo, y cada vez que con voluptuosa perfidia consentía ella en hacerle la limosna de una mirada o rozar su carne espléndida con una pierna de él, dábanle ganas de romper con todos respetos serviciales y urbanos y proclamar el triunfo de Venus dentro de la misma «Manuela» y a espaldas del cochero y del caballo...

De no ser por la codicia carnal de apuntarse a Marcela a la cuenta de sus conquistas, siquier fuese tan fuera de tiempo como aquella, no se hubiera arrostrado a pasar tan mala noche. El sabía bien por donde se bajaba al pueblo, sin riesgo de tropezarse con gente curiosa y mucho menos con los indeseables hidalgos del tricornio.

Al fin, el día llegó acariciado por un sol pálido que aunque de poca fuerza consoló algo al huído de los rigores de la noche, y le consintió desquitarse de la velada hasta bien entrada la mañana.

———

En tanto, en la cabaña de Juan Miguel parecía que el frío intensísimo del invierno habíase metido en los corazones.

La Marcela había reverdecido su pasado por la fuerza de aquellas aviesas evocaciones, y el poco espacio que ya había de estar en la pastoriza se le antojaba cadenas de años en lugar de brevedad de horas como parecía cierto.

El redentor fracasado y amoroso sintió como si toda la nieve de los picachos le destilase en el corazón.

Voluntad ruda y fuerte, en cuanto vió que la que había sido todo su amor le engañaba, sintió un desprecio tan intenso, que si no le hubiese contenido el deseo en vengarse del ladrón que subió hasta allí arriba y de modo tan cobarde a robarle su felicidad, en el mismo punto y hora que supo la felonía hubiera arrojado de sí a la traidora.

Ni una sola palabra al caso se escapó de su boca.

Cuando llegó a la choza, después de dejar el ganado en el redil, cenó como de costumbre y sin hacer otra novedad que la de hablar poco, fuese a la cama, en donde la renegada no tardó en hacerle compañía, pero a buen seguro puede tenerse que aquella noche no hizo Cupido sus devociones acostumbradas.

Sin embargo, Juan Miguel no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Momentos hubo en que la fuerza del corazón luchó con la de la voluntad y la anegó en lágrimas; en algún instante sus brazos fornidos se adelantaron acariciadores hacia el hermoso cuerpo de Marcela, que tampoco lograba pegar los ojos, con la inquietud de que aquella era su última noche de pastora, pero en cuanto el malventurado tocaba aquella piel ardiente y rosada, tenía que apartarse porque advertía que las manos se agarrotaban en la garganta de la infame como un collar de muerte.

II

Llegó el crepúsculo de aquel día tan deseado por los principales personajes de esta tragicomedia rústica.

Juan Miguel no había aparecido en todo el día por la choza ni a la hora acostumbrada de la comida; antes de salir por la mañana dijo a Marcela que comería en el pueblo, porque tenía que bajar a casa del amo y que si acaso subía tarde no le hiciera extrañeza. Tan simple le creía la voluntariosa hembra, que ni aun se le ocurrió que ello pudiese ser añagaza para pillarla en el renuncio.

No pensó sino que su determinación iba con buen viento a seguro puerto, y así todo el día estuvo de buen talante, y como allá y no muy en el fondo de su alma tenía escondida la savia de pecadora de oficio, no tuvo pena por dejar aquellos lugares donde había vivido por más de un año a la margen de un verdadero amor, cantó y rió de lo lindo, como si la estuvieran aguardando las mayores venturas de la tierra.

También ella, como «El Jaro», hizo un poco balance de los pasados tiempos, y se halló con que algún rescoldillo de simpatía guardábale allá en el fondo de sus caprichos.

Cuando andaba como ella, mejor vestido y entre otra gente, no era mal mozo y tenía mucho partido con las mujeres; ella le hubiera hecho cara si no hubiese tenido recelo de perder la proporción de su José María.

El no perdonaba ocasión de apretar el cerco, y un día hubo en que llegó a robarla un beso a hurtadillas del protector, pero ella ni siquiera se dió por «aludida», que fué peor que si hubiese rechazado la caricia con ínfulas de matrona romana de intachables costumbres.

Quiso luego coquetear y túvole sujeto a sus caprichos, como a un perrillo faldero. Pero un día supo que por curarse estas amarguras o por darle achares, se buscó el entretenimiento de otra moza, y sintió en su corazón algo así como el acíbar de los celos...

———

Cuando fué llegada la hora convenida, los principales personajes del drama estaban en el lugar en que habría de desarrollarse la última escena.

Por público podían contarse unos álamos blancos, unas lomas cubiertas de nieve, aquel regato cristalino y en lo alto del cielo la estrella más temprana de la noche. Como coros y acompañamiento según los cánones más puros de la tragedia antigua, la que se hizo inmortal teniendo por héroes dioses gentílicos y caudillos maravillosos, el aire frio que se cernía en los picachos, el ruido del agua al despeñarse por las torrenteras, y el lejano y melancólico «voy» de un mochuelo que cantaba en la copa de un olivo...

Cuando llegó Marcela, ya esperaba «El Jaro.»

El diálogo inicial fué breve.

La noche venía a todo andar y antes de que cerrase por entero había que estar fuera del monte.

Y en el preciso instante en que los palomos se disponían a levantar el vuelo de entre los álamos, salió Juan Miguel que preguntó con cierta zumba:

—¿Dónde va la pareja?

«El Jaro» dió un paso atrás como para prevenirse a la defensa, pero la garra de acero del pastor ofendido supo contenerle.

Con el mismo tono que formulara la pregunta, continuó:

—De modo ¿que tan mal os han tratado por aquí arriba que os íbais sin despediros? Eso está feo; la palabra de Dios no se le niega a nadie. Ya veis, no he querido yo que os partieseis sin llevaros mi bendición...

—Yo no podía sufrir esta vida de destierro y de antipatías; tú tienes la culpa, bien lo sabes. Se atrevió a hablar Marcela.

—¿Y te he retenido yo contra tu gusto?—respondió Juan Miguel—. Bien libre has estado. La puerta la has tenido siempre franca y en nada me hubiese opuesto si esto que haces ahora engañada por este mal alma lo hubieses hecho de tu voluntad. Nadie puede mandar en el albedrío de nadie. porque los pensamientos y los sentires son como los pájaros de la vega. Si en tu deseo está el irte ahora mismo puedes hacerlo, y aunque te arrepintieras de la acción también, que yo no te quiero conmigo y este tiempo que estás delante de mí se me hace el más odioso que he pasado en todos los días de mi vida, pero «este», se queda.

Y volviéndose a su viejo camarada el tío Martos, le dijo:

—Acompañe usted a esa... mujer hasta dejarla en el camino que va al pueblo, ya que ella puede que no le sepa porque a lo menos conmigo nunca se apartó de estos lugares.

«El Jaro» volvió a hacer un ademán de huída, pero el brazo de hierro de Juan Miguel le contuvo con toda dureza.

—Tú no te vas; ella sí.

Y tirando de él le arrastraba a lo más intrincado y abrupto de aquellos parajes, mientras la Marcela y el tío Martos alejábanse en busca del camino que llevaba a la aldea.

Cuando se habían alongado un buen espacio, la mala hembra rompió a llorar y quiso retroceder en busca de los brazos del desengañado, pero el viejo empujóla nuevamente hacia el lugar diciéndola entre rencoroso y sarcástico:

—No te canses, mujer, esto está muy alto y a los que no están hechos a estos aires se les «decrudecen» los resabios de la ciudad y se les «agovia» el corazón. Como dice Cabrillas que dijo el otro: «Cada mochuelo a su olivo».

Y como si el nombre del mozo cantador y refranero fuese una evocación, apareció en un recodo guiando el ganado.

Al pasar cerca del viejo y la moza disparó esta copla que era como una saeta:

«Sola te encontré en el mundo,
«sola te volví a dejar,
«las mujeres que van solas
«son malas de acompañar...

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498